

ALFAGANN ES FLANAGAN

Capítulo 1: *She's Leaving Home*

Nieves Mercadal se fugó de su domicilio el día de Reyes.

Era una de las llamadas Cuerpos Diez, que ocupaban en clase el rincón diametralmente opuesto al que yo ocupaba y con las que no mantenía muy buenas relaciones.

Eran tres chicas como tres top-models, guapísimas, altísimas y de lo más atléticas. Parecían muy seguras de sí mismas. Siempre estaban haciendo botar pelotas de baloncesto como si fueran aventajadas jugadoras de la NBA, o iban cargadas con raquetas de tenis o con bolsas de gimnasio, o calzadas con patines on line o montadas en monopatines (skate-boards) que hacían evolucionar con destreza de profesionales. Se llamaban Nieves, Blanca y Vanesa, y no parecía que tuvieran la más mínima intención de iniciar relaciones chico/chica con el resto de los alumnos de la clase. Por lo visto, no nos consideraban dignos de ellas. No se les conocía ninguna tendencia a hacer manitas, ni caricias, ni a dar besitos. Tal vez estas cosas estén mal vistas entre los más espartanos de los deportistas. Solo palmadas en la espalda, algún puñetazo en el hombro y estentóreas risotadas de franca camaradería.

Miraban al resto de los compañeros de clase con una suficiencia evidente y una cierta agresividad.

Mi relación con ellas ya empezó mal.

El primer día de clase me quedé mirando fijamente a una de ellas, la más alta. Estábamos en el mes de octubre, y empezaba a refrescar, y me sorprendí pensando: «Pero, ¿es que ya ha vuelto la primavera?». Y es que ella iba abrigada, sí, pero, no sé, las formas que se le adivinaban bajo las ropas, piernas, caderas y otras protuberancias, me produjeron aquella sensación paralizadora que a menudo se tiene cuando empieza a apretar el calor y las chicas se quitan toda la ropa de encima, a excepción de un mínimo indispensable. Quede claro, pues, que lo mío no era una mirada impertinente de maníaco, sino el sobresalto lógico de alguien que, de pronto, descubre que sus emociones se han disociado del calendario.

Pero ella no debió de entenderlo. Porque la mirada que me devolvió fue una de aquellas que las chicas se reservan para mantener a distancia a los babosos.

La otra Cuerpo Diez que tenía al lado, en cambio, una rubia, parecía de esas que se toman como una ofensa personal que mires a otra cuando podrías aprovechar el tiempo admirándolas a ellas.

Días después, la chica alta de pelo negro cruzó el patio, a toda la velocidad que le permitían los patines on line que no debía quitarse ni para dormir, y se me vino encima como si tuviera la intención de romperme la cara. Me sacaba unos buenos cuatro dedos de altura, la expresión decidida de su boca y la profundidad de la mirada de sus ojos negros eran de mujer fatal y las sólidas coderas y rodilleras le daban un inquietante aspecto robótico. Me señaló con un dedo índice que podría haberme perforado y dijo:

—¿Tú eres el gran detective Flanagan? —como si dijera «¿el payaso Manolete del Circo Americano?».

—Soy Flanagan, sí —contesté con mucha cautela—. Y soy detective, sí.

—Detective —despreció—. Patético.

Como un cretino, tartamudeé:

—Pues la policía me respeta.

Repitió:

—Pues la policía me respeta.

Y se fue. Nunca me había sentido tan ridículo.

A continuación, vino la campaña de descrédito. «¿Detective? ¿Y a qué se dedica este detective?». Total, nada. Lo sabéis de sobra. Buscaba a los autores de mensajes amorosos y anónimos que algún compañero enviaba a alguna compañera de clase. Había encontrado perritos perdidos y había desenmascarado a ladrones de cromos y de pins, y había vigilado a los (presuntos) implicados en una conjura para envenenar a la cotorra de la señora Ferrerons. «¿Detective? Por favor, que me da la risa. Eso son chiquilladas». Y, vale, había descubierto a un par de asesinos y a un traficante de drogas, pero de eso ya hacía mucho tiempo, eran excepciones, parecían casualidades irrepetibles. Resonaban las voces de las Cuerpos Diez (sobre todo, la de aquella chica alta, de cabellos y mirada negros): «¿Detective? ¡Bah, chiquilladas!».

La verdad, no sé por qué me trataba así. Mi mirada de obseso no me parecía razón suficiente. Aparte de eso, yo no la había desafiado, no le había abierto nunca la puerta del aula para que pasara primero, ni había extendido mi abrigo sobre un charco para que no se mojara los piecitos. No la había provocado de ninguna manera. Y no podéis imaginar el daño que le puede hacer a un negocio como el mío una campaña de descrédito semejante.

Es cierto que ya empezábamos a ser mayorcitos para según qué cosas. Yo estaba a punto de cumplir los dieciséis, ya tenía pelo en todos los sitios donde se supone que hay que tener pelo y, aun más, incluso me afeitaba, ya había repudiado mi chándal astroso y procuraba vestirme con cierta corrección, e incluso me resistía a montarme en

los columpios y los toboganes cuando pasaba cerca de un parque infantil. «¿Detective? ¡Por favor! ¿Todavía juegas a esas cosas?».

Por si fuera poco, un día, a la salida del instituto, aquella deportista espartana se topó con un chorizo canijo que acababa de atracar a una mujer en un cajero automático y le persiguió, veloz y terrible con sus patines on line, y le alcanzó, le retorció el brazo y lo entregó a la policía.

—¿Qué te parece, detective? —Tendríaís que oír el tono ofensivo que utilizaba para pronunciar la palabra detective—. Te ha salido competencia, ¿eh?

Lo cierto es que hacía dos meses que nadie me encargaba ningún caso. La carrera del detective Flanagan había terminado. Ya era demasiado mayorcito para dedicarme a según qué tonterías. Aquélla fue una Navidad triste, depresiva, melancólica. Y pobre. Ni un céntimo en el bolsillo para regalitos. Y solitaria.

Mi socia María Gual, insoportable coqueta, había desaparecido rumbo al horizonte, montada en la grupa de una moto llena de cromados. Y mi hermana, eficiente secretaria y cómplice, solo tenía ojos, orejas y atenciones para un novio fantasma que le había sorbido el seso.

«Se acabó el negocio, Flanagan —le decía yo cada mañana a mi imagen reflejada en el espejo—. ¿Es que tal vez creías que de mayor serías detective?». Incluso a mí se me escapaba la palabra detective con aquel tono despectivo que me rompía el alma.

Y el día de Reyes desapareció Nieves Mercadal, una de las Cuerpos Diez. La calladita, la discreta, la misteriosa. Un pelín creída, tal vez. Si no os habían presentado, no se dignaba ni a mirarte. Menudita, minifalda y medias negras, bodies muy ajustados que dejaban bien claro a qué sexo pertenecía. Desapareció.

Nos enteramos unos días después. Al principio, pensamos que no venía a clase porque estaba enferma. Después empezó a correr la voz de que se había escapado de casa. «¿Quién? ¿Nieves Mercadal? ¿La Cuerpo Diez?». Pero aún tardamos en darle importancia al caso. Pensamos que habría discutido con sus padres, o que le habría dado el arrebato de vivir una aventura, y que volvería en pocos días.

Me barrunté que la cosa iba en serio cuando el comisario Santos, del barrio, me salió al paso, una tarde, a la salida del instituto.

—¿Qué se sabe de esa chica que se ha escapado de casa?

—¿Nieves Mercadal? No sé nada.

—Pero va a tu clase, ¿no?

—Sí, pero es nueva y no nos tratamos mucho.

—¿Piensas investigar el caso? —me preguntó el comisario con una risita. «¡Por el amor del Boss, comisario! ¿Es que no sabe que está hablando con un detective fracasado?».

—No, no —protesté. Y, en broma, porque teníamos una relación cordial—: Todavía no me ha contratado nadie para que lo haga.

—No te estoy pidiendo que investigues —se apresuró a puntualizar—. Solo que, si averiguas algo, me lo digas.

La noticia llegó a casa. Mis padres tienen un bar y siempre acaban por enterarse de todo.

—Te prohíbo que te metas en ese lío —me dijo mi padre—. Eso es cosa de la policía. Ya sabes lo que pasa con las chicas que se escapan de casa. Sectas religiosas, prostitución, asesinatos. No te metas.

Yo no había pensado en investigar el caso, pero, tal y como lo presentaba mi padre, con el aliciente de la prohibición, se me hacía atractivo. De todas formas, no tenía intención de meterme en líos por el morro.

Después volvió la valquiria de cabellos y ojos negros. La llamábamos Blanca Onlain. Cruzó el patio a toda velocidad y frenó ante mí, con una derrapada gloriosa. Y me señaló con aquel dedo que era como una pistola.

—¡Ni se te ocurra investigar la desaparición de Nieves Mercadal! ¡No es asunto tuyo!

—¿Qué pasa? ¿Es que piensas encontrarla tú? —repliqué.

—¡Puedes apostar a que sí!

Cada vez me daban más motivos para ponerme manos a la obra.

Y, finalmente, un mes y un día después de la desaparición, el siete de febrero, vino a verme el señor Mercadal.

Salíamos del instituto. Ya había oscurecido, y hacía un frío que congelaba la saliva en las encías y convertía en cubitos los globos oculares. Los chicos éramos bolas de ropa, íbamos encogidos y enmascarados hasta la nariz. Me sorprendió que el señor Mercadal se dirigiera directamente hacia mí, como si me hubiera reconocido.

—Eres Juan Anguera, ¿verdad? —me preguntó. El vaho que le salía de la boca era tan denso como si estuviera fumando.

—Sí. Y usted es el señor Mercadal, el padre de Nieves. Le conozco de vista. —Tragué saliva, un poco incómodo—: ¿Sabe algo de su hija?

—No. Precisamente por eso... Quiero decir que me gustaría hablar contigo, porque...

Un balón de fútbol impactó en su nuca con tanta fuerza que, de haber llevado dentadura postiza, se le habría caído al suelo. Al mismo tiempo oímos una exclamación de júbilo. Una pandilla de críos de siete u ocho años recuperaron el balón y continuaron jugando, ruidosos y alborotados.

—¡Si os pilló, cenáis balón! —grité yo.

El señor Mercadal no dio ninguna importancia al incidente. Para combatir el frío, daba patadas al suelo. Daba la impresión de que estábamos en medio de un lago helado.

—¿Vamos a hablar a un bar? —propuso.

Acepté, claro. Pero el señor Mercadal no oyó mis palabras porque el mismo balón de antes, impulsado por un chut prodigioso, le dejó la mejilla y la oreja derechas rojas como un semáforo.

Hice el ademán de echar a correr y los críos se alejaron como una bandada de pájaros asustados. Reían, piaban y cacareaban como las gallinas.

El señor Mercadal y yo empezamos a caminar, calle abajo, hacia el bar del mercado. Él inició una conversación muy cautelosa, mientras yo le observaba de reojo.

Debía de tener, más o menos, la edad de mi padre, pero se le veía más joven, sobre todo a causa de su modo de vestir: zapatillas de deporte, tejanos y parka impermeable. No se podía decir que se hubiera disfrazado de adolescente, pero yo podría haberme puesto sin problemas la ropa que llevaba él. Ni las entradas pronunciadas ni la ligera curva de su estómago conseguían privarle de aquel aire juvenil, un pelín inconformista, reforzado por un pin de una asociación ecologista que lucía en la solapa. Algo relativo a las ballenas.

—Te llaman Flanagan, ¿verdad? —Asentí. Él agregó—: Y de vez en cuando haces... hum... pequeñas investigaciones.

—Sí —le animé—. Más o menos.

Mercadal aprobó mis actividades extraescolares afirmando con la cabeza.

Lo único que no ligaba demasiado con su aspecto animoso y enérgico eran los ojos. Parecían un poco hinchados, agobiados por unas bolsas oscuras y flácidas. Ojos de insomne que tenía razones para serlo, tal vez, pero también ojos que vacilaban y hurtaban la mirada.

—Supongo —prosiguió— que mucha gente pensará que eres muy joven para dedicarte a esas cosas. —No dije que había mucha gente (yo mismo, por ejemplo) que empezaba a pensar que era demasiado mayor para hacer aquellas cosas. Me limité a hacer una mueca como diciendo: «Hace bien en suponerlo»—. Yo no —afirmó él—. Yo tengo mucha confianza en la juventud.

Estábamos llegando al bar del mercado cuando aquel maldito balón pasó rozándome la oreja, como un obús. Me volví, enfurecido, a tiempo de ver a la banda de pequeños criminales doblando la esquina más cercana, gritando como locos durante el recreo. Quedé unos instantes inmóvil, pensativo, preguntándome si aquellos diablillos no lo estarían haciendo a propósito.

—Pasa, pasa —me dijo el señor Mercadal—. No les hagas caso. Son niños.

Penetramos los dos en una densa niebla de humo de tabaco. El local estaba lleno de vendedores y mayoristas que tomaban la última cerveza antes de volver a casa, o antes de tomar la de propina. Casi todos estaban apiñados en la barra, de modo que había mesas libres. Nos sentamos y Mercadal me dijo que pidiera lo que quisiera. Pedí una pepsi. El señor Mercadal pidió un carajillo. Y se me ocurrió que, seguramente, tomaba demasiados carajillos desde que había desaparecido su hija. Le compadecí.

—Cuando tenía tu edad, o un poco más, repartía panfletos de los que entonces llamaban subversivos, y corría delante de los polis en las manis —me soltó apenas nos hubieron servido—. A veces, la vida te obliga a convertirte en adulto antes de tiempo.

De reojo, vi a la banda de mocosos, los del balón, que entraban en el bar. Me mosqueé un poco pero, claro, no podía impedir que entraran. Aunque tenían donde elegir, se sentaron en una mesa vecina a la nuestra, todos en tropel, como si la tomaran al asalto. Pero, claro, no podía impedirles que se sentaran allí.

—En fin, Nieves a veces hablaba de ti, en casa

—continuaba su discurso, impertérrito, el señor Mercadal. Aquello me llamó la atención. ¿Una Cuerpo Diez se interesaba por mí? ¿Y qué decía?—. Nos contó que descubriste al que enviaba poemas anónimos de amor a una compañera. Que recuperaste una cámara fotográfica que habían robado en el gimnasio. Que haces cosas de esas, vaya.

Entretanto, un camarero había ido a interesarse por las necesidades de la banda de enanos. Pidieron una botella de agua sin gas.

—¿Una botella para todos? —ironizó, condescendiente, el camarero—. ¿Es que vais a beber todos de la misma botella?

—¡No!

—¿Qué se ha creído? ¡No somos unos guarros!

—¡Traiga una botella de agua y ocho vasos!

—¿Hablamos de Nieves, señor Mercadal? —le propuse yo a mi aspirante a cliente.

Antes de contestar, Mercadal se bebió de un trago el carajillo. Parecía necesitado de ánimos. Su mirada traspasaba mi cuerpo y se clavaba en la pared que tenía a mis

espaldas. ¿Estaba avergonzado por tener que pedirle un favor a alguien de mi edad? Había algo, en su actitud, que no acababa de comprender.

—Sí, Nieves, claro —dijo—. Hace un mes que se fue de casa. No sabemos nada de ella. La policía... Bien, la policía no parece que pueda hacer más de lo que hace: o sea, nada. En fin, he pensado que tú...

—Yo no sé dónde está Nieves, señor Mercadal —afirmé, por si acaso sospechaba lo contrario.

—Ya lo sé, ya lo imagino. Pero se me ha ocurrido que podrías investigar entre tus amigos, el ambiente en que se movía. Un chaval de tu edad siempre conectará más fácilmente con ese mundo, ¿verdad? Quiero decir que un adulto impone y asusta, y más si es poli, pero un colega no. Te pagaría, por supuesto. ¿Te interesa? —Pues claro que me interesaba—. No pretendo que me la traigas...

De pronto, los mocosos de la mesa de al lado se pusieron a gritar, todos a la vez. Habían introducido una cucaracha dentro de la botella de agua que les había servido el camarero y, después de tapparla de nuevo, reclamaban ruidosamente que les trajeran el libro de reclamaciones. Sobresaltado, el señor Mercadal se volvió hacia los críos.

—¡Ya está bien, niños! —gritó.

De inmediato, uno de los enanos, pálido y de ojos desamparados, se puso a llorar desesperadamente.

—¡No me pegue más! —sollozaba—. ¡Por favor, no me pegue más, que yo no he hecho nada!

Los clientes del bar nos miraban. Vino el camarero.

—¿Qué pasa aquí?

—¡Yo no te he pegado! —se defendió, furioso, el señor Mercadal.

—¡No me pegue más, que acabo de pasar la gripe! —aullaba el niño.

—¡Sí, sí le ha pegado! —le apoyaban los otros, entusiasmados.

—¡En la cabeza!

—¡Con una silla!

—¡Venga, niños, idos a casa a hacer los deberes!

—dijo el camarero.

La pandilla de predelincuentes se olvidó en seguida de Mercadal y de la presunta agresión y mostró la botella de agua con la cucaracha en el interior.

—¡Mire! ¡Nos ha servido una botella de agua contaminada! ¡Si no nos trae un güisqui para cada uno, iremos a la poli! ¡Y se las cargará!

—¡Lo que os voy a traer...!

El camarero hizo el ademán de propinar una bofetada gigante, capaz de dejar fuera de combate a todos aquellos insectos, y los niños salieron corriendo, riendo y armando un follón ensordecedor.

—¡Ha intentado envenenarnos!

—¡Volveremos con nuestro abogado!

Yo me quedé mirándolos. Me preguntaba qué significado tenía todo aquello. ¿Qué querían aquellos mocosos de mí o del señor Mercadal? Y, como si quisieran contribuir con nuevas preguntas a mi cuestionario íntimo, uno de ellos, muy sucio, cabezón y con los pelos de punta, antes de salir, se volvió hacia nosotros, nos amenazó con un dedo, cerró un ojo y gritó, terrible:

—¡Comando Zeta en Operation Destruction! —remarcando mucho las tes y acentuando mucho las oes de OperaTION DestrucTION.

—No pretendo —reanudó su parrafada Mercadal— que me traigas a Nieves agarrada de una oreja. Me bastará con que averigües si está bien, qué hace... —Por su expresión y el tono de su voz, repentinamente agarrotado, juraría que pensaba que su hija estaba en algún lugar abominable, haciendo cosas funestas con gentes terribles. «Sectas religiosas, prostitución, asesinatos», como diría mi padre—. Solo quiero saber qué ha sido de ella. Poder ponerme en contacto con ella, aunque solo sea por teléfono o carta. —Y añadió, por sorpresa—: Trescientos euros. Ciento cincuenta ahora y ciento cincuenta cuando averigües algo. ¿Hace?

Que sí hacía. Aquello ya parecía (no mucho, solo un poco) un contrato profesional. Un caso de verdad con unos honorarios de verdad. El primer caso de verdad de mi vida. Ya era un hombre. Ya me podía considerar un detective de verdad. ¡Trescientos euros para empezar! ¡Jo, casi nada!

Acepté la oferta con cara de «Bueno, va, por ser usted...».

—Veremos qué puedo hacer —dije, muy profesional—. ¿Por qué se fue Nieves de casa?

Me dio la impresión de que la pregunta le incomodaba. Se movió, nervioso, en la silla, llamó la atención del camarero con un gesto imperativo que significaba «¡La cuenta, rápido!». Al mismo tiempo, decía:

—Quién sabe. Un arrebató, tal vez. Ni idea.

—Tal vez discutieron...

—¡No, no! —exclamó, escandalizado, cada vez más nervioso, como si le estuviera acusando de algún crimen contra la humanidad—. ¿Discutir? ¡De ninguna manera! ¿Discusiones en casa? ¡Nunca!

Me pareció que estaba exagerando un poco.

—De vez en cuando, yo discuto con mis padres, señor Mercadal. Es normal. Tenemos bronca si llego tarde, si suspendo, si pongo el equipo de música demasiado alto...

—Bueno, sí, discutimos un poco, sí, por supuesto. Lo normal, como todo el mundo. Pero no se fue por eso.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Porque lo sé, chico, joder, porque lo sé! —se estaba poniendo frenético.

—¿Está seguro de que se fue por su propio pie? Podrían... —tragué saliva—, podrían, no sé, haberla secuestrado.

—No —dijo muy convencido, contundente, casi desagradable—. Se llevó algunas cosas. Ropa, dinero, incluso una maleta.

—De todas formas...

—Se ha escapado —incontestable—. No hay ninguna duda.

Sacó su cartera y, con gesto brusco, arrancó dos billetes de su interior y me los entregó como si le quemaran los dedos. Yo me preguntaba qué había pasado, qué había cambiado. Decidido a fingir que tenía mucha prisa, pero visiblemente alterado, realizó a la inversa el numerito de mirar el reloj y ponerse de pie precipitadamente.

—Perdona, pero tengo prisa. Paga tú mismo. Te dejo que me invites. Aquí no hay forma de que vengan a cobrar. Llámame cuando sepas algo.

Huía. Como su hija. Era la familia de los fugitivos.

—¡Espere, espere un momento! —Tuve que agarrarlo por la manga para que me dedicara su atención.

—¿Qué quieres? —me soltó, impaciente.

—Quiero ir a su casa, para ver sus cosas. Tal vez allí encuentre alguna pista.

—Ah, sí. —No le gustaba la idea—. Claro. Perdona, ¿eh? Es que voy con retraso.

Y huyó a toda velocidad, sin decirme dónde vivía, ni su número de teléfono, ni a qué hora podía pasar por su casa.

Imagino que un detective de verdad no le habría permitido aquella evasión.

Pero cualquier detective, incluso el más botarate, habría llegado a la conclusión de que el comportamiento del señor Mercadal era muy raro.

Pagué la pepsi y el carajillo. Me abrigué bien y salí del bar del mercado.

Un objeto volador momentáneamente no identificado me golpeó en la cara. El balón de la pandilla de aprendices de gamberro. Se habían escondido tras un quiosco de prensa. Les vi huir en desbandada, con gran algarabía de risas y gritos festivos. Todos

excepto aquel tan sucio, el cabezón de los pelos de punta. Con el balón en las manos, a tres metros de distancia de mis garras justicieras, gritó:

—¡Operation Destruction! —remarcando, como antes, las tes y acentuando mucho las oes de OperaTION DestrucTION.

Y, con aquel comentario críptico, pensé que desaparecerían para siempre de mi vida.i